

OBRAS BUENAS.

(PODER DE LAS)

I.

Processerunt obviam ei, et clamabant: Hosanna, benedictus qui venit in nomine Dei.
Salieron á recibirle, gritando: Hosanna, bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

(JOANN. XII, 13.)

El triunfo de Jesucristo en el domingo de Ramos, carísimos hermanos, ofrece una enseñanza muy especial. No quiero hoy explicaros el sentido profético de aquella gloriosa entrada en Jerusalén. Tomo el hecho en sí mismo. ¿Qué vemos? ¿Por qué esa muchedumbre enternecida, entusiasmada? ¿Por qué todos esos corazones unidos en la admiración y el amor? ¿Por qué ese cántico unánime de alabanza? ¿Por qué esas palmas llevadas por hombres, mujeres y niños? ¿Por qué han abierto un camino de honor á ese hombre tan sencillo y tan pobre, que no ha solicitado el más mínimo de esos homenajes? ¿Por qué tratan á ese artesano como á un rey?

Ese artesano ha hecho milagros; pero esto no basta. Los milagros pueden causar admiración, temor, sumisión; pero y el amor! ¿Quién, pues, ha sembrado el amor en la multitud?... ¡Oh! hermanos míos, es el beneficio. Los milagros de Jesús han sido beneficios: el poder ha manifestado el amor, y el amor ha respondido con todas las formas del respeto.

Quiero, pues, hablaros del poder de las buenas obras relativamente á los que las hacen, á los que las reciben, y á los que las presencian. A. M.

1. Las buenas obras, hermanos míos, son saludables á los que las practican, á aquellos para quienes se hacen, y á los que de ellas son testigos. Desde este punto de vista, la caridad ha ganado tal vez más

almas para Dios que la fe, porque raras veces obra en un alma aislada. Las buenas obras enriquecen al bienhechor en este mundo y en el otro, y le hacen partícipe de la majestad de Jesucristo.

¿Qué riquezas reporta nuestra alma de una buena acción hecha en favor del prójimo? Voy á deciroslo. Nosotros somos miembros de Jesucristo. Jesucristo es la comunidad y la unidad viva y real: no hay, pues, ventajas puramente individuales en la Iglesia. Esta verdad, quizás algo árdua, voy á manifestárosla bajo otras dos formas más claras.

Las almas son solidarias, esto es, responsables unas de otras, en los límites que Dios conoce, y, por consiguiente, están obligadas entre sí. Por eso podemos y debemos rogar por el prójimo; por eso debemos salvar á nuestro hermano de la desesperación, del abatimiento, de la blasfemia, aliviando sus males físicos ó morales; pues si, pudiéndolo, no lo hacemos, cuando Dios pese nuestros méritos, pondrá en la balanza de la perdición las faltas de que hemos sido cómplices al permitir las. Ya veis que bajo este concepto nos enriquecemos con el bien que hacemos y con el mal que impedimos.

Y ahora, desde el punto de vista en que tal vez os sea más fácil colocaros, dando, os enriquecereis. El don moral, hermanos míos, enriquece al donador: no sólo le procura la satisfacción de conciencia, no sólo aumenta su tesoro en el cielo y le dá una inscripción en el libro de la vida, si que también, solo porque el don moral establece una relación de amor entre dos almas, estas dos almas aumentan, por decirlo así, y se hacen más fuertes para el bien.

Nuestras buenas obras nos hacen partícipes de la majestad de Jesucristo. ¿Qué es además la majestad de Jesucristo? ¿Cómo se ha manifestado? ¿Cómo participamos de ella obrando el bien?

La majestad de Jesucristo, carísimos hermanos, es la majestad del Señor Dios que se manifiesta con su poder y amor. El poder embarga el espíritu, el amor embarga el corazón; y así se establece este imperio absoluto sobre las almas, este yugo tan suave y tan fuerte bajo el cual exclamamos alegres: Bendito sea nuestro rey, que viene en nombre del Señor. El reino de Jesucristo se ha establecido por medio del beneficio, de la abnegación, del sacrificio. Según su palabra, con su muerte en la cruz, beneficio divino, perfección del don, todo lo ha atraído á sí. El reinaba de toda eternidad con su Padre; pero el culto sentido y razonado á la vez de la criatura inteligente le pertenece, no ya como Creador, sino como Salvador, desde que de lo alto de la cruz tomó posesión de los corazones.

La gloria de la Redención, amados hermanos míos, no presenta

dificultad alguna, porque en sus altas y fundamentales verdades el corazón halla la inteligencia. Permitid, pues, que insista en estas palabras, para deducir de ellas nuestros derechos al reino de Jesucristo. Por el bien, reinamos con el Salvador. ¿Por qué? Porque al morir por nosotros, Jesucristo lo atrajo todo á sí, pero no de una manera figurada. Su posesion es absoluta, de suerte que, en adelante, habrá incorporacion, y la sangre de Dios nos une intimamente con Dios: nosotros somos, desde el sacrificio, miembros de Jesucristo; somos los miembros del Rey de los reyes... si queremos, es decir, si aceptando su doctrina, observamos sus mandamientos y seguimos sus ejemplos.

Estamos, pues, coronados con Jesucristo si hacemos el bien, pero si lo hacemos como él lo hizo. ¿Y cómo hizo el bien, cómo obró los milagros de caridad, ante los cuales exclamaba la multitud: *Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini, rex Israel!* ¡Oh! aquella gente no se equivocaba. «Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» Sí, hermanos míos, el Hijo hacía el bien en nombre de su Padre. Siempre le glorificaba, enviándole las bendiciones que se atraía: las sublimes verdades que revelaba á los hombres, las milagrosas manifestaciones de su poder, su fuerza, su inteligencia, su amor, todo él, en fin, el Hijo declaraba deberlo á su Padre, y lo que es más, nada hacía sinó por su Padre y en su Padre. ¿Por qué? Porque el Padre y el Hijo son uno. Nosotros, pues, á quienes Jesucristo se ha dignado llamarnos á su unidad; nosotros, miembros suyos, no podemos imitarle completamente, esto es, vivir de su vida, sinó atribuyéndole todo el bien que podemos hacer: así se realizará nuestra gloriosa union con el Hijo, por nuestra libre voluntad. Estando, pues, en Jesucristo, estaremos enteramente en Dios, y reinaremos por el amor. He aquí el poder de las buenas obras relativamente á los que las hacen; veamos ahora cual es su poder con relacion á los que las reciben.

2. El pobre á quien dais una limosna, el enfermo á quien llevais un remedio, y el afligido á quien ofrceis un consuelo, se dicen con certeza: «Esto es caridad, amor»; ¿qué resultará de ahí? Al amaros, al daros las gracias, amarán, y permitaseme la expresion, amarán el amor que os hace obrar; de forma que en esas almas, no solo habreis reparado, sinó edificado; no solo habreis curado momentáneamente sufrimientos morales ó físicos, sinó que habreis resucitado ó fortalecido un sentimiento, de todos el más fecundo. El bienhechor, el médico, el consolador, habrán dejado en esos corazones delicados y generosos, en algun rincon de la pobre casa, un don de superabundancia

para la vida de muchos dias: este don es la creencia en la caridad y el amor á la misma.

Creedme, hermanos míos, muchas almas se han regenerado con los lazos del beneficio, y, á su vez, se han vuelto fecundas. Desengaños, ingraticudes y desgracias habrán destruido la fe de un hombre desengañado; habréis creído abandonado de Dios porque ha buscado á su semejante y no le ha hallado; pero si un desconocido le dice: Soy tu hermano, te amo porque sufres, te respeto porque eres la imagen de Dios, te traigo socorro porque sufro en tí como hombre y como cristiano, por simpatía y caridad;» y al hablar de esa manera, obra.... Decidme: ¿qué pretexto tendrán la desesperacion y el odio para encarnizarse aún contra esa alma? Allí está la esperanza, la fe va á venir, y la caridad, el beneficio, cualquiera que sea su forma, es el que los abre ese corazón.

He hablado de la fe, hermanos míos. Sí; la fe del prójimo puede ser el fruto de nuestras buenas obras. Pero para eso es preciso que nos conformemos enteramente con el espíritu de la caridad católica, es decir, que hagamos el bien en Jesucristo y en su nombre. Para que la caridad sea perfecta, es preciso que sea sobrenatural, esto es, que despues de ser sentimiento en la naturaleza, sea deber en Jesucristo; éste debe ser el móvil del amor: trátase de hacer amar al dar, al aliviar, al consolar. ¿Qué inmenso adelanto no habrá hecho el que, salido de la desesperacion, del odio, de la blasfemia, llegare así de la esperanza al amor, del amor á la bendicion del santo nombre de Jesús, á la fe! Hermanos míos, que la sagrada señal con que el pobre ennoblece su frente y su pecho, cuando recibe de vosotros una avara limosna, os recuerde siempre, si lo habeis olvidado, que vuestra caridad es imperfecta, cuando no procede de la cruz. La mano del pobre, sabedlo bien, dá á Dios lo que es de Dios, á Jesús lo que es de Jesús; y si no habeis tomado voluntariamente al Salvador por asociado de este óbolo, nada os quedará en el cielo.

Por lo tanto, amados hermanos, para procurar á vuestros semejantes todas las ventajas que pueden resultar de vuestra buena accion, debeis aprovecharos vosotros mismo de todas las que ella os ofrece: debeis hacer la propaganda para Dios; ¡Bien pagados seréis, os lo prometo! Obrando así, nuestro Señor se captaba corazones y los captaba á su Padre; con sus beneficios dispensados en nombre de Aquel que le habia enviado, hacia nacer el reconocimiento, el amor, la fe. Como Jesucristo obraba en nombre de su Padre, obremos en nombre de Jesucristo. Todo hombre de buena voluntad puede, hasta cierto punto, considerarse como embajador suyo, como ministro de su cari-

dad; y de este modo, haciéndonos amar, haremos amar á nuestro divino Salvador.

Ya veis, carísimos hermanos, que el poder de las buenas obras va mucho más allá del alivio temporal, puesto que mejoran al hombre moral, puesto que con ellas se glorifica á Dios y aumenta el número de sus escogidos.

Si descendiendo ahora de las consideraciones generales, examinamos la posibilidad de que el favorecido vea, con razon ó sin ella, un cálculo en beneficio, hallaremos tambien el poder del bien; pero, bajo un aspecto grato ó terrible, segun los designios de Dios; y en este último caso, vemos todo un lado de la vida humana del Salvador, nos hallámos delante de la contradiccion.

Apénas se concibe, hermanos míos, que un sér, no digo bueno, pero que no haya perdido toda delicadeza de corazon, busque un mal impulso en una buena accion de que saca provecho. Con todo, eso puede acontecer; y eso debe de acontecer si el favorecido hace mucho tiempo que conoce al que le favorece por un malvado y, sobre todo, por un hipócrita. Ciertas circunstancias y los intereses conocidos de ese hombre, pueden hacer casi cierto el triste juicio, de que no ha hecho el bien por simpatía, ni por deber filosófico, ni en Jesucristo. Pero, eso no destruye el beneficio en sí mismo. Más diré: queda atenuada la trascendencia moral, mas no destruida. En efecto; ¿cuáles son los principales móviles de las buenas acciones hechas con mala intencion? El orgullo, en general, y todos los intereses que toman por auxiliar la consideracion, la buena reputacion. ¿Cuál es el medio? La hipocresía. Ahora bien; yo os digo, que de todo eso sacan provecho el bien, la verdad, el amor. El orgulloso que hace limosna de manera que nadie lo ignore, y dá lentamente para que puedan contar en la mano; ese, presta un visible homenaje á las costumbres cristianas, que felizmente son en el dia las costumbres públicas; presta homenaje, sinó al sentimiento ó la ley, al ménos al hecho triunfante de la caridad naturalizada en nuestra sociedad. Pide al aprecio público su recompensa terrena, porque sabe que no obtendrá este aprecio sinó practicando el bien. Otros, en corto número, hacen buenas obras por un interés más material; dan para recibir; el beneficio, en sus manos, es un medio de medro. ¡Baldón á esos cálculos, á esa hipocresía! Pero la hipocresía, lo repito, presta testimonio á la virtud. Y el que recibe, aun cuando no se mostrase agradecido al que solo se ha servido de su miseria y de sus padecimientos como de un instrumento; el que recibe de las manos del orgullo y de la hipocresía, siempre dará interiormente las gracias á Dios, que ha hecho de la caridad una ley

tan imperiosa y tan bien aceptada por el mundo, que, así para agradecer al mundo, como para agradecer á Dios, es menester observarla.

Tal vez tropeceis con alguno, que despues de haberos tendido la mano, os maldiga; alguno de aquellos que solo hallan deberes para los demás y derechos para sí. No por eso os conseis de hacer buenas obras. ¿So cansó acaso Jesús en su lucha? Las inquietudes, las traiciones, las vacilaciones, las bajasas, ¿le hicieron interrumpir por un solo momento su obra? No. El ingrato lleva á veces en su corazon el remordimiento de su deformidad; al segundo beneficio, llora por su alma; al tercero, al milésimo, tal vez, dirá: Gracias; ¡oh! gracias á tí que vienes en nombre del Señor.

5. Hémos aquí, carísimos hermanos, fuera de los casos particulares de caridad práctica. Yo llamo testigos de las buenas obras á cuantos saben que hay una Iglesia católica, en esta Iglesia instituciones de caridad, y fuera de estas instituciones, individuos que se consagran á seguir las adorables huellas de Jesucristo; á cuantos saben que la cruz gobierna y que la espada es esclava. Llamo testigo de la caridad al mundo entero por ella renovado; al salvaje, inclinado y pensativo bajo el perdon del mutilado misionero; al negro, que ve que los Pepas le declaran libre; al musulman, que se encamina paso á paso á la civilizacion cristiana; al hereje, que procura vanamente, en una moral sin dogmas y sin la omnipotente eficaz realidad del infinito, imitar las obras que brillan alrededor del santo Sacramento; á los pueblos salvados por la Iglesia de la anarquía y del despotismo; á los grandes, á los poderosos y á los ricos, incesantemente instados á salvarse por medio de la beneficencia; á los pobres, á los enfermos, á los afligidos socorridos y consolados; á las madres de familia, que vuelven la espalda á la filosofia y presentan al bautismo el fruto de sus entrañas; á los esposos santificados, al moribundo tranquilizado... ¿A quién más? Al arte, ante sus obras maestras de inspiracion católica, su remuneracion más digna á los hijos de la Iglesia; al arte, tan á menudo invitado por nosotros á los goces de la beneficencia, y á toda la civilizacion impregnada en toda su parte no abusiva de ese perfume de cristianismo que se llama pureza, libertad, y, sobre todo, caridad.

¿Necesito, pues, deciros ahora, que esos testigos de las buenas obras sacan de ellas una ventaja? Los que no creen, están maravillados. Si; la maravilla existe, á pesar de la rebelion del orgullo, y la semilla está depositada. Los que creen, se afirman, porque el amor es una buena tierra para la fe. Los que niegan, no se engañan; mienten: las obras de la Iglesia son brillantes é íntimas; ofuscan la vista y se apo-

deran del corazón; se las siente en todas partes, en todas partes puede uno someterse á su beneficio. Repito, pues, que el error sobre el particular no es posible.

Obrando universalmente la Iglesia, amados oyentes, por sus sacramentos é instituciones, lo mismo que los individuos obran aisladamente sobre los individuos, lo que os he dicho del poder de las obras con respeto á los que de ellas son objeto, es aplicable con más razón á este gran trabajo de la Iglesia. Y en cuanto á los testigos de la caridad, solo debo añadir una palabra: nuestra santa Madre les encierra en el buen ejemplo. Siempre y en todas partes tienen á la vista esta ley viva y activa: también son testigos de la recompensa terrena concedida á quien hace el bien: la calma, la paz, la serenidad; y mientras con una mano la esposa de Jesucristo cumple la nueva ley, con la otra, descorriendo el velo del porvenir, muestra la sancion, introduce en esperanza en la Jerusalem celestial, donde el triunfo es eterno.

Nosotros, hermanos míos, somos en la vida, y solo podemos ser, enseñados ó enseñadores; recibimos y damos. Se nos enseñan muchas cosas; acordémonos solo de la verdad: se nos ofrecen muchas cosas; no aceptemos más que los presentes que no encubren la seducción. Habiendo así elegido el bien y rechazado el mal, no podremos ofrecer al prójimo sino frutos de bendicion; y como el don moral, lejos de empobrecer, enriquece, llevaremos al sepulcro un tesoro de buenas obras, que tendrán seguramente el poder de abrirnos las puertas de la bienaventurada eternidad, que os deseo.

OBRAS BUENAS.

II.

Omnis arbor, que non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur.
 Todo árbol que no da buen fruto, será cortado, y echado al fuego.

(MATT. VII. 19.)

¿Qué quiere enseñarnos con esas palabras el Salvador? ¿Acaso habla solamente de la suerte de un árbol estéril? Nadie lo ignora; quiere hacernos comprender á qué deben atenerse los cristianos que no practican las obras que el cristianismo nos prescribe: pronuncia de antemano la sentencia de su condenacion: declara que, como los árboles que no dan buenos frutos, deben cortarse y echarse al fuego; así los cristianos, que no obran como tales, serán separados del número de los escogidos y precipitados en las llamas del infierno: *Omnis arbor...*

¿Cuánto importa, pues, hermanos míos, hacer buenas obras! ¿Cuán necesario es practicar el bien que Dios nos manda!

Las buenas obras son absolutamente necesarias á la salvacion: primer punto. *¿Cuáles son las buenas obras que cada uno debe practicar?* segundo punto. Esta materia nos toca á todos; la sentencia de Jesús es general, á nadie exceptúa; procurad penetraros bien de ello.

1. Entiéndese por buenas obras las santas acciones dignas del cielo; entiéndese la práctica de las virtudes cristianas, teologales ó morales. Las hay de dos clases: unas son de simple consejo, que Dios no exige absolutamente, á las cuales ha señalado empero un premio particular, y son, por ejemplo, las limosnas abundantes, las abstinencias, los ayunos, que no están prescritos, por lo que se llaman obras de supererogacion.

Hay otras que son obligatorias, que Dios prescribe so pena de pecado, y son todas las acciones necesarias para desempeñar los deberes comunes del cristianismo, y los deberes particulares del estado en

que Dios nos ha puesto. No me propongo hablaros de las primeras; pero, de paso, os exhorto á ellas, pues el Espíritu Santo nos invita á multiplicarlas todo lo posible: *Quodcumque facere potest manus tua, instanter operare* (ECCLÉS. IX, 10).

Me contraigo á lo que es necesario, y digo: que sin las buenas obras 1.º *no se puede merecer el cielo*; 2.º *no se puede evitar la condenación*.

Antiguo Testamento. El rey profeta establece claramente esta verdad: ¿Quién será digno, dice al Señor, de morar en tu celestial tabernáculo? ¿Quién descansará en tu santo monte? Aquel que vive sin mancha y obra rectamente: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? aut quis requiescen in monte sancto tuo? Qui ingreditur sine macula, et operatur justitiam* (PSALM. XIV, 1, 2). Huye pues del mal, y haz bien, dice en otra parte: *Declina á malo, et fac bonum* (PSALM. XXXVI, 27). En virtud de lo cual, dice S. Agustín: No creáis que os baste no despojar á vuestro hermano de lo suyo: *Noli tibi putare sufficere, si non excolisti vestitum*. Socorredle, si se halla necesitado; eso es lo que se llama huir del mal y hacer el bien: *Hoc est declinare á malo et facere bonum*.

Nuevo Testamento Consultemos los sagrados libros del Nuevo Testamento, los Evangelios y las Epístolas; oigamos al Salvador dar la suma de su moral. ¿Qué prescribe? El cumplimiento de toda justicia, hacer bien á nuestros enemigos, orar, mortificarse, dar limosna; y despues de encomendar todas estas buenas obras, pronuncia un oráculo sagrado: No todo aquel que me dice: ¡Oh, Señor! Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos: *Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum celorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum* (MATH. VII, 21).

En sus mandamientos nos manifiesta Dios su voluntad, y para guardarlos se han de practicar muchas buenas obras.

¿Quién no deplorará el descuido de la mayoría de los cristianos, tocante á las buenas obras?... ¡Qué temeridad la suya! Creen que solo con la fe pueden esperar el cielo. Pero ¿qué es la fe sin las buenas obras? ¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, operam autem non habeat* (JAC. II, 14)? Segun S. Pablo, el premio no se promete á los cristianos sino despues de la lucha: *Qui certat in agone non coronatur, nisi legitime certaverit* (II TIM. II, 5).

La palabra de Jesús es formal: *Omnis arbor quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur* (MATH. VII, 19); y la repite en diferentes circunstancias, en las parábolas de las virgenes fatuas, del siervo perezoso, de la higuera estéril, de la viña que el labrador cultivaba inútilmente.

Oíd la sentencia que el supremo Juez debe pronunciar un día, contra los que descuidan las buenas obras: Tuve hambre y no me disteis de comer... era peregrino, y no me recogisteis: *Esuriei et non dedistis mi manducare... hospes eram, et non collegistis me* (MATH. XX, 42 y 45).

Prueba de razon. Quien dice ley, dice deberes; quien dice deberes, dice obras: Hay, pues, una ley de Dios, y esta ley exige, para cumplirse, obras por parte de los hombres. ¿No es muy justo que quien hace estas obras, por la voluntad de Dios impuestas, sea premiado, y castigado el que las desconfía ó desprecia?

¿Qué pensáis ahora de vosotros mismos, cristianos? ¿Os halláis en el camino de la salvacion los que omittis las buenas obras?...

2. Para enterarnos clara y puntualmente de las buenas obras necesarias para la salvacion, dividámoslas, primero, en dos clases: *unas generales* y comunes á todos los cristianos; y *otras particulares*, propias al estado de cada uno y á las circunstancias en que se halla.

Redúcense comunmente á tres: la *oracion*, el *ayuno* y la *limosna*; ú obras para con Dios, para con nosotros, y para con el prójimo.

La piedad para con Dios, una justa moderacion para con nosotros mismos, y la misericordia para con el prójimo; ved ahí las buenas obras que Dios nos prescribe: *Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum et quid Dominus requirat á te; utique facere judicium et diligere misericordiam, et sollicitum ambulare cum Deo tuo* (MIC. VI, 8).

—*Obras para con Dios.* Debemos honrar á Dios con ciertas buenas obras que la religion prescribe. ¿Qué cosa más justa que rendirle nuestros homenajes cuando todo lo hemos recibido de él, cuando es nuestro Criador? ¿Cómo cumpliremos pues estas obligaciones? Con la oracion, y especialmente con la oracion cotidiana que le dirigiremos por la mañana y por la noche; las cumpliremos haciendo frecuentes actos de las virtudes teologales, de fe, esperanza y caridad; asistiendo atenta y devotamente al santo sacrificio de la Misa, siempre que la Iglesia nos lo manda; y procurando en todo complacer al Señor: *Sollicitum ambulare cum Deo tuo*.

—*Obras para con nosotros.* ¿Qué buenas obras nos preceptua

el Señor con respeto á nosotros? Ser justos con nosotros mismos, esto es, hacer de nuestro cuerpo y de nuestra alma el uso para el cual nos los ha dado.

Nuestro entendimiento debe hacerle el sacrificio de sus luces y someterlas á la autoridad de la Iglesia. Nuestro corazón debe estarle unido por el amor. Debemos, además, glorificarle en nuestro propio cuerpo, y no usar de nuestros miembros y sentidos sino según su voluntad, como á ello nos exhorta el Apóstol en estos términos: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro* (1 Cor. vi, 20).

—*Obras para con el prójimo.* En fin, estamos obligados á practicar la misericordia con respecto al prójimo: *Diligere misericordiam*. ¿Qué obras son las de misericordia? Unas se refieren al cuerpo, y otras al alma.

Las obras de misericordia corporal consisten principalmente, en *dar de comer y vestir á los pobres, en visitar y servir á los enfermos y presos, en asistir á los moribundos y sepultar los muertos.*

Las obras de misericordia espirituales consisten, sobre todo, en *instruir á los ignorantes, reprender á los que obran mal, consolar á los afligidos, rogar por los vivos y por los muertos.* En suma; estamos obligados á hacer al prójimo todo el bien que quisiéramos que se nos hiciera á nosotros, si nos hallásemos en una situación semejante á la suya.

Las buenas obras particulares son las apropiadas al estado de cada individuo y á las circunstancias en que se halla: para los pobres serán obras de paciencia y sumisión; para los ricos, obras de largueza; para los padres y superiores, obras de generosidad y vigilancia; para los hijos y criados, obras de obediencia y fidelidad.

Practiquemos pues las buenas obras; pero no olvidemos que se requieren tres condiciones para que sean dignas del cielo: 1.º el estado de gracia; 2.º la bondad de la acción en sí misma; 3.º la pureza de intención.

DIVISIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

OBRAS BUENAS.—Siendo nuestra religion la religion de las buenas obras, aquel que no las hace, no es verdadero católico.

De nuestras buenas ó malas obras depende el que tengamos una dichosa ó desdichada eternidad.

OBRAS BUENAS.—Con las buenas obras sostenemos la vida de la gracia.

Con las buenas obras nos hacemos dignos de la gloria.

OBRAS BUENAS.—La facilidad que tenemos en practicar buenas obras manifiesta, que la gracia de Dios no es estéril en nosotros.

La dificultad que hallamos en la práctica de las buenas obras nos debe hacer temer, que quizá somos infieles á la gracia de Dios.

BUENAS OBRAS.—Las buenas obras son armas sin las cuales los fieles no pueden resistir á su enemigo.

Las buenas obras son riquezas sin las cuales los fieles no pueden comprar el paraíso.

OBRAS HECHAS EN PECADO MORTAL.

III.

Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus.

Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido.

(Luc. v, 5.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que seguía una gran multitud de gentes á Jesucristo, deseosas de oír su divina palabra, en ocasión que estaba su Majestad en las riberas del lago de Genesareth, que es el mar de Galilea; y que en el mismo lance, viendo nuestro Redentor dos barcas de pescadores, que habian desembarcado, y estaban lavando sus redes, subió en una de ellas, que era de Simon Pedro; y habiendo mandado por último separarla un poquito de la tierra, para no ser oprimido del numeroso concurso, desde allí les enseñaba como maestro soberano los más altos documentos para su salvacion eterna.

Habiendo concluido su sermón, prosigue el Evangelio, mandó á

Simon Pedro que entrase en alta mar, y que allí tendiese sus redes para pescar: á lo que le respondió de esta manera: Maestro soberano, toda la noche hemos estado pescando; pero tan sin fruto, que no hemos cogido pez alguno; más con todo, fiado en tu divino poder y en tu palabra infalible, echaré las redes al mar. Efectivamente lo hizo así, y fué tan grande la multitud de peces que sacó, que se rompían las redes á fuerza de su peso, y fuéle preciso llamar á sus compañeros Juan y Santiago, que estaban algo distantes, para que viniesen á ayudarle, como lo hicieron, y para que recogiesen igualmente parte de la pesca, pues fué tanta, que ambas navicillas se llenaron, y casi llegaban á sumergirse.

Nadie ignora que la noche es simbolo de la culpa; pero, no todos reflexionan sus estragos, y con especialidad, que cuantas obras buenas se hacen en estado tan miserable, de nada sirven para conseguir la gloria por ellas. Esto pues, que tan de paso nos significa hoy el Evangelio, ha de ser el asunto en que yo me detenga esta tarde; es á saber, que todas cuantas obras buenas se hacen en el estado infeliz de pecado mortal, son obras muertas y de ningun aprecio ante los ojos de Dios, y que, por lo mismo, no tendrán premio alguno en la eterna gloria. Pidamos para el acierto la divina gracia. A. M.

4. Artículo es de fe, católico auditorio, que las obras hechas en el estado miserable de la culpa mortal, aunque sean virtuosas y sobrenaturales, no son meritorias en orden al cielo: quiero decir, que ningun premio les ha prometido Dios en orden á la gloria. Por eso decia S. Pablo, escribiendo á los de Corinto (I Cor. xiii, 4): Aunque hablase con tanta elocuencia como lo pueden hacer los ángeles; aunque hubiese repartido á los pobres toda mi hacienda; aunque hubiera entregado mi cuerpo á las llamas; aunque hubiera padecido todos los tormentos; aunque hiciese milagros y tuviera fe tan viva, que traspasase los montes de una parte á otra; sin la gracia de Dios y la caridad, que está unida inseparablemente con ella, nada soy, y de nada sirve cuanto haga ó pueda hacer. Así hablaba ese varon apostólico, y con razon, pues es Dios nuestro Señor alma y vida de las almas, porque como las almas vivifican á los cuerpos, así vivifica Dios á las almas con su gracia; y consiguientemente, como faltando del cuerpo el alma, muere el cuerpo, así, faltando del alma la gracia de Dios por el pecado, luego tambien muere.

De aqui se infiere, que así como un cadáver no puede ver, oír, hablar, moverse ni hacer operacion ni movimiento alguno sin un milagro de Dios, así una alma que ha muerto espiritualmente por el

pecado mortal, no puede ver, oír, hablar, moverse, ni hacer operacion alguna espiritual para salvarse, sin un milagro del Altísimo. La razon es, porque carece de la vida de la gracia, y sus obras son obras muertas y sin espíritu de vida.

Tome la resolucion que quisiere, haga el esfuerzo que gustare, cumpla con cuantas obligaciones le parecieren, en una palabra, sean sus acciones todas como las de los justos, haga oracion como ellos, ofrezca sacrificios á Dios como ellos, ejercite la misericordia tanto y aún más cumplidamente que no ellos; nada tiene vida, porque le falta la gracia; y como es imposible que unas acciones muertas puedan conducirnos jamás á la vida, siendo el premio eterno que Dios nos ha preparado la vida soberana y primera, como dice el mismo Jesucristo (Joan. xvii, 3), síguese de ahí, que no puede haber proporcion entre este premio y las obras del pecador, por santas y elevadas que sean; por consiguiente, pierden para siempre el mérito de la vida eterna.

En la parábola misteriosa que propuso Jesucristo á sus discípulos, bajo el nombre de una vid, tenemos un claro testimonio de esta verdad. Yo soy la vid, les dijo el Redentor, y vosotros sois los sarmientos (Joan. xv, 5): á la manera pues que el sarmiento, si ha de producir algun fruto, es preciso que esté unido con la vid, de quien recibe la vida, así vosotros habeis de estar unidos siempre conmigo por medio de la caridad, de quien recibís la vida espiritual, y yo tambien estaré siempre con vosotros, influyendo y aumentando en vuestros pechos la divina gracia, para que produzca frutos muy copiosos y abundantes; porque, de lo contrario, esto es, si no estais unidos conmigo, como el sarmiento con la vid, no podreis hacer obra alguna; es á saber, obras meritorias, obras dignas de la aceptacion de Dios y de premio eterno. Por buenas y excelentes que sean las obras que practiqueis en tan infeliz estado, serán de ningun aprecio ante los ojos del Señor: serán obras buenas; pero estériles: serán obras buenas para fines temporales; pero de ningun valor y eficacia para los celestiales. ¡Oh, que lástima y compasion! ¿qué marinero, por loco y temerario que fuese, arrojaría en las aguas la carta y aguja de marear? Pues, hombres cristianos, almas pecadoras; ¿estais sin juicio, cuando así desperdiciáis los medios de llegar al puerto de la gloria?

Pero, padre, ¿qué nos decís? replicará sin duda en su corazón algun presumido: luego, si las obras buenas hechas en pecado mortal no sirven de mérito, en vano será hacerlas.—Muy bien hecho está el reparo; pero escuchadme atentos para el desengaño. No niego que las obras hechas en pecado mortal sirven para muchos fines bue-

nos, y por eso nunca deben omitirse; mas, para el fin de merecer con ellas gloria, ni aún accidental, que es aquel mayor ó menor grado de bienaventuranza que comunica Dios á las almas, segun sus méritos, son como si no fuesen: son de todo punto muertas, pues les falta la vida de la gracia. ¡Oh pérdida digna de llorarase con lágrimas de sangre!

Decidme, fieles, por vuestra vida; si entrase un ladrón en vuestra casa, y os robase un diamante precioso, ó una joya rica, ¿qué sentimiento seria el vuestro? ¡Oh, qué quejas! ¡oh, qué indagaciones! ¡oh, qué ponderar vuestra pérdida! ¡oh, qué diligencias tan eficaces para recobrar lo perdido! ¿Dónde, pues, cabe, que creyendo, como cree todo cristiano, que la riqueza y el valor de la más infima obra meritoria, v. gr. de la más mínima limosna, ó del más leve trabajo sufrido por Dios, es sin comparación mucho mayor, que todos los diamantes y que todas las estrellas del cielo; y, por otra parte, conociendo, como conoce, que un solo pecado mortal roba tan inmensos tesoros y acaba con todo su valor, no solamente no tenga pena, ni muestre la menor queja contra el ladrón que le robó, sino que viva contento y alegre, como si le hubiera hecho algun beneficio? ¿Cabe tal insensibilidad entre cristianos? ¡Oh ciegos, y aún más que ciegos!

2. Pero, aún no lo he dicho todo, ni es esto lo más. ¡Válgame Dios! ¿aún queda más que decir? Sí, fieles míos, y es lo más formidable; es á saber, que no solo son muertas y sin mérito el más leve las obras buenas hechas en pecado mortal, sino que para siempre quedan perdidas, de tal suerte, que ni aún la más severa penitencia puede recuperar su mérito; y esto es lo más lamentable; que nunca recobran este merecimiento que una vez han perdido.

Para que mejor quedeis enterados, habeis de saber, que hay obras muertas y obras mortificadas, y que es mucha la diferencia de unas y otras. Obras mortificadas son aquellas, que se hacen en gracia de Dios, y que luego se mortifican incurriendo en pecado mortal. Llámense mortificadas, porque entónces pierden todo el mérito, y quedan como suspensas hasta que se recupere la gracia perdida; pues tal es el efecto del pecado, que aunque un hombre hubiera hecho más penitencia que todos los anacoretas de los desiertos, si cometiese un solo pecado mortal, al punto, por haberse rebelado contra Dios, perdería tan precioso canal; bien que con el consuelo de poder volver á recuperarlo, poniéndose de nuevo en gracia de Dios, porque todos aquellos méritos quedaron vivos en su raíz, que fué la divina gracia.

Obras muertas son aquellas obras buenas que se hacen en el infeliz estado de la culpa grave; y como éstas no tuvieron principio al-

guno de vida, por haberles faltado la gracia de Dios, por lo mismo quedan para siempre muertas y perdidas; de modo, que aunque un hombre hubiera hecho en pecado mortal todas cuantas buenas obras practicaron los santos, nada le aprovecharian, de nada le servirian, porque no incluyen en sí aquel principio de vida que las habia de animar y hacer meritorias, que es la divina gracia. ¡Oh alma cristiana, mira cuán enorme ha sido tu prodigalidad! Mira lo que pierdes con sola una culpa mortal; todas las buenas obras que has hecho en estado tan miserable, todas quedan muertas y sin mérito el más leve para conseguir gloria por ellas. Dime ahora, pecador: ¿lo has pensado así alguna vez? ¿Te has puesto á considerar pérdida tan importante? No es posible, porque nunca hubieras pecado, si bien lo hubieses considerado.

¡Ay de tí, alma cristiana, si con tiempo no remedias tus desórdenes, y pasas á llorarlos con amargura y dolor! Pues ¿á qué aguardas, sabiendo lo que has hecho con tus culpas? ¿Cómo no se deshace tu corazón de pena y sentimiento? ¡Oh maldito pecado! ¿quién no ve que eres el sumo de todos los males, pues trayéndolos todos, no dejas en el alma ni un bien solo el más mínimo?

¡Ea, católico! por las entrañas de Jesús, baste ya de culpas, baste de pecados: ciego has vivido, y más que ciego; pero aún estás á tiempo de abrir los ojos y de lograr tu remedio. Llega pues con humildad y rendimiento á los piés de Jesucristo; llega con lágrimas y suspiros, si quieres hallar consuelo: bien sé que no lo mereces por tus execrables delitos; pero tambien sé que su bondad excede á toda la malicia de los hombres, cuando le buscan humildes y reconocidos.

¡Oh Rey de la majestad y Dios de todo el universo! vos teneis sangre para borrar nuestras culpas; perdonad, Señor, nuestro atrevimiento, volved piadoso vuestros ojos, como á un S. Pedro, para que no cesen nuestros suspiros; dad sentimientos á nuestro pecho, gemidos á nuestro corazón, lágrimas á nuestros ojos, y voces á nuestros labios para clamar por misericordia: ésta necesitamos y ésta pedimos con todas las veras del corazón. ¿Hay alguno que se excuse? ¡Oh, no lo permita el cielo! Animo pues, fieles míos, ánimo y aliento para llorar nuestras culpas; ánimo y aliento para hacer las paces con un Dios ofendido: no más ingratitud contra un Padre tan amoroso; no más despreciar la sangre de nuestro Dios; lloremos si nuestros pecados, y alcanzaremos la gloria.

OBSERVANCIA DE LA LEY; véase: LEY (*su observancia*).

OBSTÁCULOS PARA LA SALVACION; véase: SALVACION.

OBRAS DE MISERICORDIA.

(ESPÍRITU CON QUE SE DEBEN PRACTICAR.)

IV.

Si spiritu victimus, spiritu et ambulemus.
Si vivimos por el espíritu, procedamos también según el espíritu.

(GAL. V, 25.)

No vengo aquí solamente, hermanos míos, á exhortaros á misericordia, y á exponeros las obligaciones de la piedad cristiana en orden á esta virtud; pareceme cosa inútil el cénir el fruto de este discurso á establecer una ley que ya cumplis, y anunciar la ley de la caridad á unas personas á quienes la misma caridad junta en este lugar.

En otras ocasiones se os habrán hecho ver en los Libros santos aquellas máximas decisivas, que nos mandan socorrer á nuestros hermanos afligidos: se os habrán repetido aquellos terribles anatemas que en ellos pronuncia el espíritu de Dios, contra los que en su abundancia no socorren á los necesitados; y se os habrá abierto el seno de la gloria, y manifestado un reino eterno, que es la recompensa de un vaso de agua fría.

Pero, aquí, en donde se hallan unos corazones que se compadecen de las calamidades de nuestros prójimos, vendrían mal aquellas terribles máximas de los Libros santos contra la inhumanidad con los pobres; y sólo hay necesidad de instruir vuestra caridad.

Hoy, pues, intento manifestaros el espíritu de la fe en el ejercicio de las obras de misericordia, porque estoy persuadido de que estas obras, en la mayor parte de las almas, no siempre son frutos de aquella caridad que no obra jamás en vano; que los engaños del amor propio destruyen muchas veces, sin que lo advirtamos, lo que edifica la piedad; que la obra del Señor, en las manos del hombre, participa más frecuentemente de lo que nos parece, un no sé qué de humano y defectuoso, capaz de aniquilar todo el mérito; y que sucede muchas

veces, por desgracia, que nuestras flaquezas tienen la mayor parte en nuestras virtudes.

Voy, pues, á reducir á tres reglas principales todo el espíritu de la piedad cristiana en los oficios de la misericordia; y oponiendo estas reglas evangélicas á los abusos que con ellas mezcla el amor propio, á separar el oro de la paja, lo que el hombre pone en ellas de suyo, de lo que solo procede de la caridad, y á establecer señales infalibles para que no podamos engañarnos. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Las obras de misericordia debemos mirarlas como obligaciones que cumplimos. Esta es la primera regla que debemos observar al practicarlas. Entre las personas dedicadas á las obras santas hay un engaño bastante comun, y es, el figurarse que estas piadosas ocupaciones no son parte de nuestra obligacion, y por eso las miran más como ejercicios laudables, que como obligaciones verdaderas que nos impone una ley indispensable. De este modo nos persuadimos haber llegado á la perfeccion de los consejos, y nos lisonjeamos interiormente como si hiciéramos más de lo que se nos pide.

No obstante, la fe no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de aquellas obras que deja la religion al arbitrio de los fieles; y entre todas las obligaciones de nuestro estado, casi no conoce la doctrina de Jesucristo otras más sagradas é inviolables. Porque, primeramente, no ignorais que á todo cristiano se le encarga que cuide de su prójimo afligido, y que la ley que nos manda que le amemos, nos manda al mismo tiempo que les socorramos, pues, es imposible amar sin sentir las desgracias del objeto amado. La gracia, que en el bautismo nos unió á la sociedad de los Santos, nos hizo á todos miembros de un mismo cuerpo, é hijos de un mismo Padre: desde entónces, contraíjimos una conexion íntima y sagrada con todos los fieles; desde entónces, ni ellos son extraños para nosotros, ni nosotros para ellos; desde entónces, sus calamidades se hicieron nuestras, y sus necesidades son nuestras necesidades; desde entónces, no podemos negar nuestro cuidado, nuestra atencion, nuestro ministerio á las necesidades comunes. Por eso, los primeros fieles nada poseyeron en el principio en particular, porque no teniendo más que un corazón y un alma despues de su vocacion al Evangelio, les pareció cosa inútil el poseer en particular unos bienes que ya eran de sus hermanos, y cuyo uso debía reglarse solamente por la necesidad.

En segundo lugar digo, que cuanto mayor sea vuestra prosperi-

dad en el siglo, tanto más rigurosa es vuestra obligación en este particular; y sin detenerme á averiguar las poderosas razones en que se funda esta máxima, permitidme que yo haga aquí una sola reflexión. La prosperidad y abundancia de los bienes de la tierra no nos dispensan, ni de la frugalidad, ni de la simplicidad, ni de la mortificación evangélica. Según la regla del Evangelio, no os es permitido hacer que sirvan vuestras riquezas á la felicidad de vuestros sentidos. Si el rico, pues, está obligado á llevar su cruz, sin buscar consuelo en este mundo, y á negarse continuamente á sí mismo, como el pobre, ¿cuál pudo ser el fin de la Providencia en derramar sobre vosotros los bienes de la tierra?

No fué su intento el dároslos para vuestra comodidad. No sois más, según los juicios de Dios, que instrumentos de su Providencia en orden á las criaturas que padecen; vuestras riquezas no son más que sagrados depósitos que su bondad ha puesto en vuestras manos, para que así estén más defendidos de la usurpacion y de la violencia, y se conserven con más seguridad para la viuda y el huérfano.

Y á la verdad, cuando los infelices ven á una alma fiel, no obstante sus riquezas y su crédito, renunciar los placeres que hacen tan envidiable su prosperidad, huir del mundo que la busca, entrar hasta en los más oscuros retiros, y formarse de su propia lepra un espectáculo agradable á su vista; llevar sus caritativas manos hasta sus más molestas miserias, entónces ellos levantan los ojos al cielo, reconocen un Dios sábio, dispensador de las cosas de la tierra, y Padre común del pobre como del rico; entónces publican las maravillas de su providencia. ¡Qué rico sois en misericordia, Señor! le dicen; nunca abandonáis á los que esperan en vos. Entónces miran su infortunio con ojos cristianos, y empiezan á conocer cuán grande es Dios, y cuán digno de ser servido, pues puede formarse, aún en medio de la corrupción del mundo y de los peligros de la prosperidad, unos siervos tan fieles. Para eso deben servir las riquezas y la prosperidad; sólo sois ricos en la tierra para hacer que los que padecen bendigan la bondad de Dios.

Pero deo estas máximas generales, porque se os han repetido muchas veces; y digo, en tercer lugar, que aún cuando no atendierais á las obligaciones comunes que en orden á esto impone la religión, las santas ocupaciones de la misericordia no serian ménos indispensables obligaciones para vosotros que me estais oyendo. Seais quien fuereis, vosotros, que hoy camináis por el camino de la virtud, ¿en qué empleabais antiguamente vuestras riquezas? ¿Alcanzaban vuestros bienes para el juego, para el lujo, para los antojos y para las pasiones?

Haciais que los dones de Dios sirviesen para la iniquidad, pues, cuanto gastabais en usos injustos, lo usurpabais al pobre y al afligido; y ¿cómo quereis reparar esta injusticia, sinó con santas profusiones y con más abundantes liberalidades? Además, habeis pasado la primera estacion de vuestra vida consagrándola al mundo y á sus errores, entre los placeres de una vida regalada. Proporcionasteis á vuestros sentidos todo lo que podia halagarlos; es preciso, pues, que os dediquéis á crucificarlos; que vayais á aquellos lugares de misericordia á donde llama la piedad á tantas almas santas; que os acerquéis á los Lázarus fétidos y cubiertos de heridas; que no neguéis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus necesidades extremas; y que no obstante la secreta repugnancia de la naturaleza, acostumbreis vuestra delicadeza á estas obras de religion, y venzáis con vuestra fe y con el fervor de vuestro amor, la flaqueza de una carne que tantas veces ha triunfado de vosotros.

2. La segunda regla que se ha de observar en la práctica de las obras de misericordia es, que no sólo las hemos de mirar como obligaciones que cumplimos, sinó también valernos de ellas como de remedios diarios contra nuestras continuas flaquezas. Me explicaré: bien sabéis, hermanos míos, que las obras exteriores de piedad no tienen más mérito en la presencia del Señor, que en cuanto sirven de perfeccionar al hombre interior; porque cuanto hacemos por la salvacion es inútil, si no se ordena á arreglar el corazon. Supuesta pues, esta máxima de la fe, el socorrer á nuestros prójimos, vestirlos, visitarlos, consolarlos, y aún servirlos, no es todavía más que el cuerpo de la piedad. Estos son los oficios del cristiano; pero, no es el cristiano mismo. Es preciso, por tanto, que la virtud se aumente y se purifique con estas públicas obligaciones de misericordia; que vuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva para debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones. Es decir, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario, ántes de empeñarse en ellas, poner nuestra alma en vuestras manos, contemplarla á los piés de Jesucristo, y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, cuáles son aún nuestras desordenadas inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son más opuestos, y que parecen más á propósito para desarraigárlas de nuestro corazon.

Y así, si aún gustáis del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego y de las concurrencias; preferid las obras que más os separen de estas cosas, y que más á menudo os encierren en la oracion, en el silencio y en el retiro. Si sois naturalmente tan incli-

nados al regalo y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer, entónces os corresponden las obras más difíciles y más penosas de misericordia. Amáis en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atención del público; elegid las obras más oscuras. Caeis con frecuencia en las mismas impacencias; todo os enfada, todo os altera, y desacreditais la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras en que se necesita de más agrado, de más paciencia. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Zaqueo, despues de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador: pero ¿qué intentaba con esas profusiones? acabar de apagar en su corazon aquella insaciable sed de riquezas que hasta entónces le habia tiranizado, y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes y limpió con sus cabellos los sagrados piés de su Maestro, y era porque sin duda sentia aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres, y se daba prisa su amor á perfeccionar el sacrificio.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas cuando nos santifican, y solo nos santifican en cuanto nos corrigen. Solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida conduce á la perfeccion del ser cristiano. Por eso, las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel.

A esta regla de piedad se falta de dos modos. Primeramente, entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las más conformes á nuestro gusto, á nuestro génio y á nuestras inclinaciones. Si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que, hasta en la piedad, huimos de lo que nos desagrada y molesta; que no hacemos más que nuestro gusto, aún cuando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud; y que no somos más que hombres, aún cuando juzgamos que somos cristianos. Los oficios exteriores de piedad que nos dejan siempre tan sensuales, tan poco mortificados y tan imperfectos como ántes, sólo tienen la apariencia, y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aún es más culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente neutral, y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que, muchas veces, suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

¿Cuántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana y sensual, viven tranquilas, fladas en algunos ejercicios de misericordia y en la abundancia de sus liberalidades? Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo; que la oracion, el retiro, la negacion de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos y todas las más inviolables máximas de la vida cristiana, son obligaciones que pueden rescataarse, por decirlo así, á precio de dinero; que la fe conoce este género de compensaciones; y que una ociosidad misericordiosa no será distinguida de la virtud y de la justicia. Pero ¡oh Dios mio! ¡qué suave seria entónces, vuestra cruz! ¡qué favorable seria vuestra doctrina á los sentidos!

Dios no necesita de nuestros bienes; lo que pide es nuestro corazon. Es verdad que la misericordia aynda á expiar los delitos de que nos arrepentimos; pero, no justifica los que amamos.

¡Oh, Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay algunas de este carácter.

5. No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en cuidar de que no se halle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres, oculto en lo intimo de nuestros corazones y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el mérito de la misericordia. Acabo solamente con decirlo: aqui estais en la presencia de Dios, preguntad á vuestro corazon. No os pareis en la superficie de vuestros deseos, que os engañan, no presentándoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raíz, sondead los caminos más secretos, y mirad allí lo que hasta ahora habeis hecho, y cuáles han sido los verdaderos motivos, por más ocultos que estén en el corazon. Mirad si solo tenéis presente á Dios en vuestras acciones, si en éstas no haceis caso de los hombres, si estais igualmente contentos con que Dios sea glorificado, tanto con los oprobios que padecéis, como con la fama que adquirís; si buscais vuestra salvacion ó una gloria vana.

¡Gran Dios! ¡cuántas obras santas, con las que contamos acá en la tierra, serán despreciadas algun día, cuando venga el Señor á juzgar las justicias! Cuando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¡cuántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia! ¡Y que poco será lo que nos quede, cuando, dejándonos el juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos despoje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos! No creais,

oyentes, que las reglas de la fe en orden á los oficios de la caridad, que acabo de exponer, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piosos ejercicios. Al contrario, no hay cosa más propia para mantener la virtud, avivar el celo, y consolar la piedad y misericordia; porque lo que yo digo es, que estos ejercicios santos son obligaciones; ¿Qué cosa más persuasiva para animarnos á que la améis? Por ser precepto de Jesucristo ¿puede perder algo de su hermosura? ¿Puede ser ménos amable á sus discípulos por haber sido la más amada de su Maestro? Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras cotidianas flaquezas, ¿qué cosa de más consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos oficios un nuevo manantial de mérito, y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿Qué cosa más feliz se os puede manifestar, que el enseñaros, que estos oficios pueden servir de ejercicio á todas las virtudes que os faltan? Lo que digo, por último, es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no hacer caso de la aprobacion ó censura de los hombres. Pero ¿qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿Es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿Que solo Dios merece ser testigo de las obras que él solo puede recompensar? ¿Y que para asegurarlas, hasta no buscar más gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Cuanto más se adelanta en la verdad, más se crece en la caridad: cuanto más se conoce la ley del amor, más se ama: el error pierde infaliblemente cuando se le conoce bien; pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: cuando la vemos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin rodeo y sin inconstancia; y su vista nos hará eternamente dichosos, que es lo que os deseo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

OBRAS DE MISERICORDIA.—Son obras que debemos hacer en todo tiempo.

Son obras que los malos designios de aquellos que nos observan no deben impedirnos de practicar.

OBRAS DE MISERICORDIA.—No hay obras que deban ser más irreprehensibles porque son las más examinadas.

No hay obras que sean más necesarias porque son las más victoriosas.

OBRAS DE MISERICORDIA.—No hay buenas obras que difundan un olor más excelente.

No hay buenas obras que hagan más honor á la Iglesia,

No hay buenas obras más eficaces para consolarlos.

OBRAS DE MISERICORDIA.—Las miserias que son comunes á todos los hombres manifiestan, que no hay hombre alguno que no tenga necesidad de que se le hagan obras de misericordia.

Las gracias diferentes que reciben los cristianos manifiestan, que no hay cristiano que no deba practicar obras de misericordia.

La práctica de las obras de misericordia en el cristianismo manifiesta, que los cristianos son los verdaderos miembros de Jesucristo.

PASAJES DE LA SACRADA ESCRITURA.

De fructu oris sui unusquisque replebitur bonis, et iuxta opera manuum suarum retribuatur ei. Prov. xii, 14.

Indicabo tibi, ó homo, quid sit bonum, et quid Dominus requirat á te: utique facere iudicium, et diligere misericordiam, et sollicitum ambulare cum Deo tuo. Mich. vi, 8.

Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in celis est. Matth. v, 16.

Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum caelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in

el hombre será colmado de bienes conforme fueren los frutos de su boca; y segun las obras de sus manos será su galardón.

¡Oh hombre! yo te mostraré lo que conviene hacer, y lo que el Señor pide de ti; que es el que obres con justicia, y que ames la misericordia, y que andes solícito en el servicio de tu Dios.

Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos.

No todo aquel que me dice, ¡Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre ce-

caelis est, ipse intrabit in regnum colorum. Idem vii, 21.

Venite, benedicti Patris mei... Esurivi enim, et dedistis mihi manducare; sitiivi, et dedistis mihi bibere; hospes eram, et collegistis me; nudus, et cooperastis me; infirmus, et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me. Idem xv, 34, 35, 36.

Discedite à me, maledicti, in ignem æternum... Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare. Idem ibid. vide 41, 42, 43.

Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam. Joann. vi, 27.

Omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum; et omnem, qui fert fructum, purgabit eum, ut fructum plus afferat. Idem xv, 2.

Dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei. Galat. vi, 10.

Quid proderit fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? Jacob. ii, 14.

Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est. Idem ibid. 26.

Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate. I Joann. iii, 18.

lostial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

Venid, benditos de mi Padre... porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino, y me hospedasteis: estando desnudo, me cubristeis; enfermo, y me visitasteis: encarcelado, y venisteis á verme y consolarme.

Apartaos de mí, malditos, *id* al fuego eterno... porque yo tuve hambre, y no me disteis de comer.

Trabajad para tener no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna.

Todo sarmiento que en mí que soy la vid no lleva fruto, le cortará: y á todo aquel que diere fruto, le podará para que dé más ruto.

Mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia del Señor que nosotros.

¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fe podrá salvarle?

Así como un cuerpo sin espíritu está muerto, así tambien la fe sin las obras está muerta.

Hijos míos, no amemos solamente de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras ó sinceramente.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Que Dios premia nuestras buenas obras, son tantos los ejemplos, tan claras las promesas que tenemos en ambos Testamentos, que nadie abriga sobre esto la menor duda. Lo que debemos consignar es: 1.º que Dios aflige éxteriormente á los justos, ó por sus pecados pasados, ó para purificarlos más y más en el crisol de la tribulación: 2.º que Dios atiende á nuestras buenas obras, para no vibrar sobre nosotros el castigo con aquel rigor que merecen nuestros pecados.

En confirmacion de lo primero, se nos presenta el paciente Job, que á pesar de su inocencia y de las buenas obras que siempre habia practicado, y que él enumera en el capítulo xxix de su libro, se ve sumido en la mayor tribulacion que pueda experimentar hombre mortal. El inocente jóven José es probado en el crisol de la calumnia, de la esclavitud y de la tentacion. David es atribulado con el azote de la guerra y de la peste (II REC. xv, 20, 24). Tobias, con la desgracia de la ceguera y de la indigencia (Ton. 2); y muchos otros justos, con diferentes pruebas: sucediendo puntualmente lo que dijo Jesucristo: *Omnem palmitem... qui fert fructum, purgabit eum (Pater), ut fructum plus afferat.* (JOANN. xv).

En prueba de lo segundo, se nos presentan muchos ejemplos. David perdonado de sus gravísimos y públicos pecados y sustraído al rigor de su correspondiente castigo, no sólo en vista de su arrepentimiento, sino tambien de sus buenas obras (II REC. xii); el reino de Judá no dividido en vida de Salomon, en vista de sus prevaricaciones, por respeto á las virtudes de su padre David (III REC. xi): Ezequias librado de una muerte prematura por las buenas obras que habia practicado y por la confianza segurísima que tuvo en la bondad divina (II PARAL. iii—ISAÍ. xxxviii): Josafat amonazado con grandes desgracias por haber hecho alianza con el impío Acab, pero perdonado en vista de lo mucho que habia hecho para desterrar de Jerusalem el culto de los ídolos (II PARAL. xii); la Magdalena, no obstante sus pecados, defendida por Jesucristo en el acto de ungrirle los piés (MARTH. xxix): Thabita resucitada por el Apóstol. S. Pablo en vista de las obras de caridad que habia practicado (ACTOR. ix); con innumerables otros, cuya historia sería interminable referir.

Por último, es preciso tener presente la necesidad de las buenas obras. Para salvarnos, no nos basta abstenernos del mal, sino, además, ejercitarnos en el bien, segun nos lo avisa de una manera precisa y clara el Espíritu Santo por boca del Salmista: *diverte à malo et fac*

bonum (PSALM. XXXIII). De esta verdad nos convencerán la parábola del siervo inútil, que no negoció el talento, á pesar de haberlo devuelto á su amo intacto é íntegro (MATTH. XXV): la de la higuera maldita, á la cual no le valió el ser cubierta de verdes pámpanos, porque debía haber llevado fruto (MATTH. XIX): la de las vírgenes necias, cuyo único pecado consistió en no haberse encontrado preparadas á la llegada del esposo (IDEM. XXV): la de aquella higuera inútil, que no obstante de ser muy bien abonada, no llevaba fruto: *succide ergo illam, ut quid etiam terram occupat?* (LUC. XIII): el símil del sarmiento infructuoso que se seca, es cortado y arrojado al fuego (JOANN. XV).

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qui Christum profitentur se amare, non modo ex iis que dicant, sed ex iis que faciunt, noscuntur: ex fructibus enim arbor dignoscitur. S. Ignat. m. epist. ad Ephes.

Omne opus leve fieri solet, cum ejus premium cogitatur, sed spes premii solatium fit laboris. S. Hieron. in Epist.

Verba christiani opera sunt. S. Crysost.

Fides sine operibus mortua est, quemadmodum opera sine fide. S. Greg. Nazian. Orat. in Lazar.

Quisquis diligere se alium asserit, et in verbis sistit, verba ejus quodammodo mortua sunt. S. Gregor. Nyssen. de opificio mundi.

Habent opera linguam suam, habent facundiam suam, etiam tacente lingua: facta namque pro dictis amantem probant. S. Cyrill. Apoph. 44, lib. 1.

Los que se glorian de amar á Cristo, se conoce si dicen verdad, no solo por sus palabras, sino principalmente por sus obras; puesto que el árbol se conoce por sus frutos.

Todo trabajo es ligero cuando se piensa en el premio que le sigue; pues la esperanza del galardón es un consuelo en todas las penas.

Las palabras de un cristiano han de ser sus obras.

Así como la fe sin las obras es muerta, lo son tambien las obras sin la fe.

Cualquiera que proteste amar á su prójimo, pero que no pase á probarlo con sus obras, sus palabras son como muertas.

Las obras tienen su lenguaje y su elocuencia, aunque nada diga la lengua; pues son los hechos, mas que las palabras, los que dan testimonio del verdadero amante.

Ad peccandum homo abundat propria facultate; ad agendum autem bonum, sibi non sufficit, nisi ab illo justificetur, qui solus est justus. S. August. de vera innoc. cap. 421.

Non sufficit abstinere á malo, nisi fiat quod bonum est; et parum est nemini nocere, nisi studeas bonis prodesse. Idem ibid. cap. 86.

Tunc recta sunt opera, cum in illum finem diriguntur, qui est Christus. Id. in Psalm. 89.

Non sibi aliquis credat, quidquid sibi animus sine operis attestacione respondeat. S. Gregor. Hom. 3 in Evang.

Numquam Dei amor est otiosus, operatur enim magna, si est; si vero operari renuit, amor non est. Idem ibid.

Non transeunt opera nostra, sed velut eternitatis semina jaciuntur. S. Bern. Sermon. 43.

Quid fides, que non operatur, nisi cadaver exanime? Id. Sermon. 24 in Cantico.

El hombre tiene bastante fuerza para pecar; pero para obrar el bien, no basta su fuerza, sino es socorrido y justificado por Aquel, que es el justo por excelencia.

No basta huir del mal, sino que se debe hacer el bien; ni basta no causar daño á nadie, sino que debemos ser útiles á todos.

Nuestras obras serán rectas, si se dirigen á aquel último fin, que es Jesucristo.

Nadie se ilusione, por mas que el amor propio pretenda justificarse, cuando le faltan las buenas obras.

El amor de Dios nunca está ocioso: cuando se posee, obra grandes cosas; mas sinó quiere obrar, señal de que no es amor de Dios.

Nuestras obras no son transitorias, aunque lo parezcan, sino que son á manera de una semilla que nace para la eternidad.

¿Qué viene á ser la fe sin obras, sino un cuerpo sin alma?

OCASIONES.

(HUIR DE LAS)

I.

Factum est verbum Domini super Joannem, Zachariam filium, in deserto.
El Señor hizo oír su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

(Luc. III, 2.)

El Evangelio nos enseña, que Dios, ántes de enviar á S. Juan á predicar á los judíos, le detuvo en el desierto hasta la edad de treinta años, viviendo enteramente desconocido de los hombres, y solamente para sí. Los santos no son, hablando con propiedad, sino para Dios. Son víctimas que se sacrifican á su gloria, y lámparas que se consumen visiblemente delante de su Majestad. Dios los presta algunas veces á los hombres por algun tiempo, por lo comun corto, y aún en ese mismo tiempo, el fondo de su santidad está oculto. Se les oyen algunas palabras, se ven algunas de sus acciones; pero no se ve lo que los hace santos; no se ve su amor, su humildad, ni los sacrificios interiores que hacen á Dios de todo lo que son en sí mismos. No siendo el mundo digno de poseerlos, Dios los saca de él bien presto, y aún algunas veces se los oculta del todo, y no se los deja ver. ¡Cuántos santos solitarios ha habido muy capaces de servir á la Iglesia, que Dios se los reservó para sí solo, que sin ningun testigo se consumieron en su presencia! Algun día sabremos su vida, y nos persuadiremos que los santos desconocidos de los hombres son, tal vez, los que poseyeron más tesoros del cielo. La huida del mundo es, pues, el verdadero medio de santificarse: esto es lo que nos predica S. Juan en su desierto. Nos enseña con su retiro, si no á huir del mundo como él, á lo ménos á evitar las ocasiones peligrosas que se encuentran en él á cada paso, y que se oponen á nuestra santificación. No extrañéis, pues, hermanos míos, que siguiendo el espíritu del Evangelio, os hable en este discurso de las ocasiones del pecado. Para

entrar desde luego en materia, mi intento es haceros ver el peligro que hay en las ocasiones: primero, es, por lo comun, pecado el exponerse á ellas; segundo, ó á lo ménos, causa ordinaria de pecado. A. M.

4. Entiendo por ocasion de pecado todo aquello que nos induce á él, y nos pone en peligro evidente de cometerlo; y afirmo, que la caridad propia no nos permite exponernos á semejante peligro, porque eso seria arriesgar el más importante, el más esencial y el más universal de todos los negocios, cual es el de la salvacion, y seria querer perderse, segun estas palabras del Espíritu Santo: *Qui amat periculum, peribit in illo* (ECLII. III, 27). Este es el principio general sobre que gira toda la cuestion; sin embargo, es necesario explicarlo, porque no quiero decir que toda ocasion sea pecado; eso seria estrechar demasiado los medios que Dios nos dispensó para santificarnos. ¿Cuándo, pues, es pecado la ocasion, y cuándo no lo es? Voy á explicarlo. La ocasion de pecar es pecado en sí misma, cuando es voluntaria, cuando es próxima, y, sobre todo, cuando lo es respecto de nosotros. Digo, cuando es voluntaria, porque hay ocasiones que son involuntarias. Llamo ocasiones involuntarias las que se ofrecen por algun accidente, y que no podemos evitar, ni apartar ántes de que se presenten. Tal fué la en que se vió la casta Susana, cuando aquellos dos viejos dehonestos se atrevieron á tentar su pureza. Llamo ocasiones voluntarias aquellas en que nos metemos nosotros mismos, las que buscamos con pleno conocimiento, y en que no mantenemos por nuestro gusto. Tal fué la en que se puso S. Pedro, entrando en la sala de los judíos, en donde negó á su divino Maestro. Pues, volviendo al asunto, digo; que no es pecado la ocasion de pecar cuando es involuntaria, porque entónces no es libre, y no hay pecado sin libertad.

Para que la ocasion de pecar sea pecado, es preciso que sea próxima. Hay dos géneros de ocasiones: unas son remotas, y otras próximas. La ocasion remota, es aquella, que no está tan estrechamente ligada con el pecado, que no se pueda esperar preservarse de él con la ayuda de la gracia. La próxima es aquella, que está tan conexas con el pecado, que rara vez se deja de caer en él poniéndose en ella. Exponerse precisamente á la ocasion remota, no es pecado: de otra suerte, seria forzoso apartarse del mundo y de la vida civil para no pecar, como dice el Apóstol: *Alioquin deberatis de hoc mundo exisse* (I Cor. V, 10). La ocasion próxima es la que es pecado, y la que debemos reconocer por digna de castigo, de tal suerte, que el confesor que conoce que un penitente está en ocasion próxima, debe despacharle sin absolucion, porque ese tal penitente no está en estado

de recibirla, y es aún más reprehensible por querer dejar estar su alma en un peligro tan evidente de pecar.

Se debe considerar aún la ocasion de dos maneras: en general, y en particular: en sí misma, ó respecto de nosotros. La ocasion considerada en sí misma, y en general no es pecado; pero lo es considerada respecto de nosotros, y en particular. Estos son los principios que enseña toda la escuela, y en los que vosotros convenís sin duda. En lo que no convendréis, será en la aplicacion de estas reglas á vuestra propia conducta, porque os haria ver fácilmente, que la ocasion de pecar en que os poneis, es muchas veces pecado. Pero, en orden á este punto, nada creéis; porque os persuadís que la ocasion es necesaria, cuando es del todo voluntaria; que es remota, cuando es próxima y particular para cada uno de vosotros. ¿Qué cosa hay más comun, que excusarse con semejantes necesidades, que no lo son, sino porque el mundo os las hace mirar como tales? Yo soy jóven, decís, no puedo dejar de asistir á las tertulias y á las visitas, necesito ver á mis amigos y tener alguna recreacion: yo estoy en un empleo, que me obliga á manejar tales y tales negocios por peligrosos que sean para mi conciencia. Necesitais recreacion: pero, para eso ¿es necesario que os halleis en todos los concursos, en todos los juegos, en todos los placeres, y que os entretengais en escuchar las conversaciones profanas de tantos libertinos, que no saben en qué pasar el tiempo, y que si vosotros no les dieseis atencion, se entregarían acaso á la virtud? Estad en un empleo difícil; pero ¿qué precision tienes de meterte en lo que no te toca, y en una infinidad de cosas que no son de tu obligacion? ¿Qué necesidad hay de mantenerte en la profesion de mercader, de procurador, etc., si es para tí ocasion de pecar?

Hay aún en este punto otra ilusion; y es que se cree, que la ocasion es remota, cuando, en la realidad, es próxima. ¡Qué! ¿vosotros no reputais por ocasiones próximas esas visitas á hurtadillas del padre y de la madre; esas conversaciones á solas, en que la pasion dá sus más violentos ataques? ¿esas conversaciones libres y familiares, esos billetes, esas citas? ¿No llamais ocasion próxima ese comercio secreto que tenéis con aquella persona; no creéis que lo sea el vivir bajo un mismo techo con el objeto de vuestra pasion, tenerle á la vista, tener con él toda comunicacion, toda union, toda inteligencia? Os engañais, hermanos míos. Escuchad como se explica en el Evangelio: si el ojo os escandaliza, si es para vosotros ocasion de caer y de pecar, arrancadlo: *Si oculus tuus dexter scandalizat te, erue eum* (Матт. v. 30). Si la mano, si el pié abusan de la libertad que les dais, y os exponen á pecar, cortadlos y arrojadlos lejos de vosotros:

Si manus tua, vel pes tuus scandalizat te, obsconde eum, et projice abs te. Si, mi amado oyente; cuando esa persona fuere para tí tan apreciable, tan estimada y cercana como el ojo derecho; si te inclinare á pecar, es preciso que te separes de ella, y que rompas todo comercio y comunicacion. Si cuando esa profesion, ese oficio, ese empleo, te fuesen tan necesarios para vivir, como la mano y el pié, si son ocasion de que pequees, es necesario dejarlo. Pero, cuando la ocasion no fuese siempre pecaminosa en sí misma, lo es, á lo ménos, en sus consecuencias, pues es causa del pecado. Esto es lo que me resta explicar.

2. Sin distinguir aquí de ocasion próxima, ni de remota, se puede decir, que ella es siempre la causa del pecado, la que nos arrastra á él, cuando nos metemos en ella sin motivo ni razon, ó nos mantenemos en ella sin tomar las precauciones necesarias; y esto es de dos maneras: la una por la tentacion, y la otra por la sustraccion. Es positivo que nunca nos vemos tentados tan fuertemente, como cuando estamos en la ocasion; y que ninguna cosa obliga más á Dios á negarnos sus gracias, que el vernos permanecer en la ocasion. Expliquemos lo uno y lo otro. Digo, que nunca estamos tan dispuestos á pecar, como cuando nos hallamos en la ocasion; porque entónces los sentidos tocan el objeto, y le tocan de cerca. Pues no hay cosa que más excite y ponga en movimiento la pasion, que la presencia del objeto; porque no falta más que un paso para llegar á la ejecucion; y cuando no falta más que un paso, es casi seguro el darlo, especialmente si nos lleva á ello la inclinacion natural. Si, pues, á esta propension ó inclinacion natural se junta la ocasion, no es fácil reprimirse mucho tiempo; daremos bien presto el paso funesto que nos lleva al precipicio. ¿Quereis un ejemplo famoso? Lo hallaremos en nuestros primeros padres.

Dios prohibe al primer hombre, comer de cierto árbol del paraíso terrenal (Gen. iii): él está muy determinado á obedecer á su Criador y Señor: su mujer, á quien participa este precepto, está tambien en la misma resolucion; pero ¿qué sucede? La serpiente, figura de la ocasion, se presenta delante de Eva: ésta, en vez de huir, la escucha: el tentador la hace esta pregunta: *Cur precepit vobis Deus, ut non comederetis de omni ligno paradisi?* El alma de esta mujer se llena y ocupa de este pensamiento: da una ojeada sobre el fruto vedado, y se deleita en él: el fruto le parece bello y grato: la ocasion se apodera de ella, gana sus sentidos y su corazon. Echa la mano, cógelo y cómelo. No paró en esto: como la serpiente fué ocasion para Eva, lo fué Eva para Adán; Ella le convida con este fruto. ¡Ay, quién lo cre-

yera! Adan, aquel hombre tan perfecto, como de él, y desobedece á su Criador y su Dios. ¡Ah, hermanos míos! si yo hiciera á muchos e mismo cargo que Dios hizo á estos primeros pecadores, *ubi es?* ¿En qué has venido á parar, mi pobre hermano? ¿Por qué has hecho esto y aquello? Me engañó la ocasion, me responderian.

¡A qué estado te has reducido tú, que ántes eras tan prudente y tan devoto! ¡A qué extremos has llegado, á qué sacrilegios, á qué profanaciones, á qué excesos! ¿Eres tú aquel? Si, yo soy el que ha sido engañado, corrompido y arrastrado por la ocasion: ella me hizo ver á solas con aquella, y con otra persona, á las cuales tenia ya alguna inclinacion, y mi corazon facilmente acabó de aficionarse á ellas; yo gusté de su trato, me detuve en él, y ella me perdió. ¿En qué has parado tú, mujer, ántes tan arreglada; y tú, jóven, en otro tiempo tan detenida, tan modesta, y de una vida tan pura? ¿Cómo, en un instante, habeis desmentido tan bellos principios, y perdido el fruto de vuestra vida pasada? ¿Cómo os habeis dejado llevar tan facilmente al pecado? ¿Cómo habeis sido tan flaca? ¡Ah! no está uno en sí cuando está en la ocasion. Yo bien conozco el peligro. Me hicieron ciertas proposiciones que me lisonjearon, ciertas promesas que me ganaron, y ciertas solicitudes que me vencieron. Pero ¿son estas legítimas excusas para delante de Dios? ¿No debiais desconfiar de vuestra flaqueza, y precaveros contra la ocasion? ¿No podiais hacerlo? Si hubieseis tomado algunas precauciones, si hubieseis hecho algunos esfuerzos, Dios os hubiera ayudado; si os abandonó, fué por vuestra imprudencia y vuestra temeridad. No solamente nos precipita la ocasion por la tentacion en que nosotros nos ponemos, sino tambien porque Dios nos sustrae sus gracias.

En efecto; yo digo que no hay cosa más ordinaria para Dios, que el negarnos su gracias, cuando nos ponemos ó mantenemos en la ocasion por una temeridad presuntuosa; porque Dios, infinitamente justo, infinitamente sábio en la distribucion de sus gracias, no nos las da por acaso, ni segun nuestro humor y capricho, sino con número, peso y medida. Si es Dios el que os envia, caminareis con seguridad; porque concediéndosos entónces su proteccion todopoderosa, no hay cosa que no podais vencer. Vemos en la Escritura, que una mujer, inspirada de Dios, combate contra un general de ejército; que Judith triunfa de Holofernes; pero si por vosotros mismos os meteis en la ocasion, no esperéis que Dios os sostenga, ni que os proteja. Si los demás no merecen el que Dios los asista, éstos ¿no merecen particularmente que Dios les abandone, y los deje en el peligro en que se han metido por presuncion? ¡Terrible, pero justo castigo de Dios! él deja-

rá á estos temerarios que caigan en la ocasion; dejará á estos pecadores descaminarse más y más; dejará caer á estos penitentes en la relajacion ó en la soquedad; dejará pervertirse estos justos y hacerse pecadores, porque todos ellos son igualmente culpables, por no haber temido la ocasion, por haberse expuesto á ella sin motivo, ó haberse mantenido en ella sin tomar las precauciones necesarias.

El fruto que debemos sacar de todo esto, es, seguir el importante consejo del Sábido: *Quasi a facie colubri fuge peccata* (EccL. XXI, 2): huid del pecado como del áspid más venenoso. Esta comparacion es muy natural. Aunque el áspid esté escondido bajo las flores más hermosas, no por eso se debe huir menos de él, ni su veneno es ménos peligroso. Si debemos huir de todas las ocasiones, me direis, ¿será preciso dejar todo el comercio del mundo, y encerrarnos en una soledad? Cuando hicierais eso, hermanos míos, no hariais más que lo que hicieron innumerables cristianos generosos, que tenian que trabajar en el mismo negocio de la salvacion como vosotros, y que no estaban obligados á tomar otras medidas ni otras sendas que las que vosotros debeis seguir. Ellos más quisieron vivir entre las bestias feroces y en las cuevas de las rocas, que entre los hombres, desde que concibieron que su corrupcion podia pegárseles y hacerles perder la gracia. Pero, no os pedimos tanto: vivid enhorabuena en el mundo, pues que estais metidos en él; pero, vivid con más prudencia y circunspeccion: huid de las ocasiones peligrosas, que son para vosotros pecado ó causa de pecar; y si por desgracia estais metidos en ellas, ¿qué esperais, hermanos míos, para salir? ¡Ah! ya que el Padre celestial os da la mano, no dilateis el convertiros. ¿Será razon que una criatura sea la causa de vuestra pérdida? Romped desde hoy con esta persona, con quien habeis tratado con tanta familiaridad y por tan largo tiempo: romped esas conexiones, igualmente frivolas que peligrosas. Es necesario dejar la ocasion ó perecer; no hay medio: ¿para qué detenerse á deliberar? Resolvedos desde luego, y pedid al Señor que os dé fuerza para hacerlo. Decidle con fervor: Señor, romped las cadenas en que estoy gimiendo há largo tiempo: sacadme de la inmundicia del pecado, para que no me mantenga hundido en él: librad mi alma de las manos de sus enemigos, fortificadla contra las ocasiones peligrosas, contra los objetos y las pasiones que la combaten continuamente, para que empiece de veras á servirlos y á merecer la recompensa prometida á los que mueren en la justicia. Así lo deseo, etc.